



Idea transformada en realidad

(A Andrés LOPEZ VIZCAINO)

Hace muy pocos meses era un montón de ruinas. Las murallas, tanto la de la calle de la Virgen como la de Padres Capuchinos, cada día más huecas y con menos consistencia, ofrecían un serio peligro a transeúntes y a toda clase de vehículos, agravado con el grupo escolar del Gran Teatro enfrente. En este estado han transcurrido veinticinco años: un cuarto de siglo, desde que los vecinos, ellos solos, unos antes y otros después, empezaron a evacuar sus viviendas. También había una pequeña industria: la fragua de Bonifacio.

El patio empedrado, «cuarto de estar» de las vecinas de entonces, se veía todas las tardes concurrido por chiquillos semidesnudos, mujeres que

zurcirían por centésima vez el mismo calcetín y algún hombre parado, que tampoco faltaría, teniendo siempre por música de fondo el «macho» de Bonifacio sobre el yunque estático, con son de marinetes, como en el Sacromonte granadino.

Pero un día, mejor dicho, una noche —yo creo que las grandes ideas han sido siempre concebidas por los hombres en la noche—; en la barra de un bar y con el «pálido Manzanares» que derramaba una botella verde en unos vasos, que seguidamente remojaba gargantas y afloraba pensamientos de unos cuantos, que en vez de darles por hablar del prójimo, ni de los fallos de ningún vecino, les dio por planear, medio en serio medio en broma, la construcción de un edificio de nueve plantas en una de las mejores esquinas del pueblo, y como eran hombres que hablaban y «pálido Manzanares» el que presidía, hubo apretones de manos efusivos, después citas y reuniones, en seguida planos y firmas, e inmediatamente, una mañana dorada de vendimia, en lo más céntrico del antiguo patio de vecindad, se adueñó de la situación una «pala», un monstruo de acero, con una agilidad propia de un gallo de pelea, arrastrando su trompa descomunal, escarbando primero y profundizando después, girando sobre sí misma, interpretando como una danza de dinosaurios, y en un santiamén desaparecieron ruinas, murallas decrépitas y escombros, para dar lugar a un edificio que se divisa su silueta en la lejanía desde todas las carreteras.

Y yo me pregunto todos los días cuando paso por la calle Toledo y lo veo destacarse por encima de las copas de los árboles del jardín del Gran Teatro: ¿es posible que de una conversación entre varios hombres hayas nacido y crecido tú?

Creo que si empleáramos solamente parte de nuestras energías, canalizándolas en empresas de utilidad y provecho públicos, el mundo sería un vergel, con edificios con ventanas bañadas por el sol y por viento purificado, donde los hombres serían sanos de cuerpo y alma, al contemplar cada mañana el azul del cielo o al sentir la mansa lluvia sobre los cristales.

Tomás SANCHEZ-GIL

Para su traje a medida consulte y disponga de nosotros

SASTRE DIPLOMADO

en GALERIAS SAN FRANCISCO

Generalísimo, 15

Manzanares

Agradeceremos su visita